

Situación y Perspectiva de la Universidad de Chile

por

Eugenio González

Los problemas de la enseñanza en general, y los de la enseñanza superior, en particular, están preocupando de una manera muy viva a la opinión pública, por la indudable trascendencia que ellos tienen en el desarrollo nacional y en el destino de las nuevas generaciones. La Universidad de Chile, como Institución del Estado, no puede dejar de exponer su punto de vista sobre tan importante materia.

¿Está la Universidad en crisis? Lo está, por cierto, como el país entero, como el mundo entero. Hay, en todas partes, graves incongruencias entre las instituciones que tienden a permanecer inalterables y las realidades sociales fundamentalmente dinámicas. Entre nosotros, el ritmo de desarrollo se ha acelerado en los últimos decenios y se acelera cada vez más, exigiendo cambios verdaderamente revolucionarios en las estructuras básicas —materiales y morales— de la sociedad y del Estado.

La agudización de los problemas que tal estado de cosas plantea y la ansiedad por resolverlos sin tardanza suele hacer que se desestime la importancia de los progresos alcanzados, base insustituible de cualquiera construcción del futuro. Esto ocurre, con lamentable frecuencia, en cuanto se refiere a la educación, y la Universidad de Chile, que ha tenido desde hace más de un siglo y sigue teniendo una responsabilidad considerable en su desarrollo, es juzgada a menudo, en términos que están lejos de corresponder a la provechosa tarea que realiza, prescindiendo de todo alarde de publicidad impropia de su naturaleza.

CRECIMIENTO DE NUESTRA EDUCACIÓN. Nuestro país tenía, en 1865, 1.800.000 habitantes y alrededor de 52.000 alumnos en todos sus establecimientos de enseñanza. Cien años más tarde, mientras la población nacional ha aumentado más de 4 veces, la población escolar ha crecido más de 40 veces: de la modesta proporción de 1,8% de la población total matriculada en las escuelas de todo tipo y grado, en 1865, hemos llegado en 1964 a la proporción de 20,5%.

Si se examina el crecimiento de la matrícula de la educación primaria, media y superior en los últimos 25 años, y las proporciones de la matrícula

PABLO OYARZUN ROBLES

Filósofo, ensayista y traductor, es Profesor de Metafísica y Estética en las Universidades de Chile y Católica de Chile. Entre más de 350 publicaciones en Chile y el extranjero se cuentan los libros: *El Dedo de Diógenes* (1996, Premio de Ensayo del Consejo Nacional del Libro y la Lectura); *De lenguaje, historia y poder* (1999); *Arte, visualidad e historia* (2000); *Anestésica del ready-made* (2000); *La desazón de lo moderno* (2001); *Tentativas sobre Matta* (en colaboración, 2002); *El rabo del ojo. Ejercicios y conatos de crítica* (2003); *Entre Celan y Heidegger* (Santiago, 2005, Premio de Ensayo del Consejo Nacional del Libro y la Lectura); *La letra volada. Ensayos sobre literatura* (Santiago, 2009); *Rúbricas* (Santiago, 2010) y *Razón del éxtasis* (Santiago, 2010).

ESCUCHAR LAS VIEJAS VOCES. TRANSFORMACIONES Y DEMANDAS DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

Pablo Oyarzún R

La lectura del artículo de Eugenio González llamará la atención al lector de hoy por las resonancias que tiene: el alegato en pro de un compromiso del Estado con su principal universidad resulta en todo muy familiar; también lo son los alcances sobre la escasez de recursos y su urgente necesidad para atender a su crecimiento y a las necesidades de renovación docente y de expansión investigativa, expresadas en infraestructura, personal y equipamiento, sin omitir los requerimientos asociados a la función social y cultural de la institución. El mismo recurso insistente a los datos numéricos a manera de pruebas inobjetables que han de dar solidez al esquema argumental es perfectamente equiparable –en un formato más reducido y seguramente más sobrio y más prudente– con la obligatoriedad de objetivar cuantitativamente la gestión universitaria, que, como se verá, no data de tiempos recientes. Bastaría omitir los elementos de época para igualar esta pieza, tanto en sus aspectos formales y retóricos como en su contenido, con tantas otras que hemos escuchado y seguimos escuchando por boca de autoridades superiores de la institución. La última pieza de la argumentación de González, que define el problema de financiamiento de la Universidad de Chile como problema de la nación y del Estado, no puede sino alinearse con las protestas que esta misma institución ha formulado de manera persistente en los últimos veinte años, defraudada su expectativa de que la recuperación democrática revirtiese el maltrato demoleedor que hacia ella mantuvo la dictadura.

Pero la similitud –casi como de juego de ecos– es engañosa. Son precisamente ciertos elementos de época los que marcan la más aguda de las diferencias. Menciono dos.

Está, para empezar, la significación de las cifras que precisan la situación educacional del país en los años sesenta y las condiciones en que operaba entonces la Universidad de Chile: el peso relativo que tenía en la educación superior del país (y en la educación en todos sus niveles, habría que decir, merced a la formación de profesores) prestaba una base sólida a la demanda. Si se considera que ese peso relativo se ha reducido unas diez veces al presente, aunque la productividad académica y científica de la institución siga siendo la mayor del país y la de mayor impacto, el reclamo de un trato preferente del Estado hacia su universidad (y sus universidades) inevitablemente se ha visto enfrentado a la pregunta: ¿por qué esta universidad merecería una discriminación positiva en el contexto total del aparato de educación terciaria? (En sordina se escucha esta otra: ¿cuál es su aporte efectivo al servicio total que entrega este aparato?) Es válido pensar que en los últimos años se ha avanzado en la formulación de una respuesta clara y objetiva a esta pregunta, pero los signos de interrogación que la enmarcan siguen alzándose como una barrera que en cualquier momento puede volverse infranqueable.

Está, por otra parte, la indicación acerca de los imprescindibles cambios estructurales de la universidad, a fin de situarse a la altura de los desafíos y exigencias de un proceso de transformaciones sociales, económicas y políticas con tendencia a la aceleración. Doblada la mitad de los sesenta, la idea de estas transformaciones profundas no solo cundía en los discursos y las divisas, sino que alcanzaba el nivel de una convicción hegemónica. El artículo de Eugenio González manifiesta una clara conciencia de la vejez y la necesidad de esas transformaciones, así como del estado retardatario de la universidad a tal respecto. Habla de la indispensable “revisión de las estructuras –que ahora se está haciendo–”. No duda, al fin, formular la necesidad de una “radical reforma de la Universidad y de la organización de los estudios, en orgánica correlación con una reforma completa de todo nuestro sistema educacional y con un efectivo cambio en la situación económica y social de Chile”. Todo ello, por cierto, la reforma de la Universidad de Chile (que llevó a la renuncia del rector González), la del sistema educacional y ese “efectivo cambio”, quedó truncado por el golpe de 1973.

Ambos elementos, me parece, están estrechamente relacionados, porque ambos, de un modo u otro, hablan del diálogo que la universidad debe mantener con la sociedad en que se inscribe y de la perspicacia con que debe sondear los vectores de su devenir. En el juego de ecos a que hacía referencia, *este* eco nos sigue haciendo falta. Al margen de los contenidos específicos que quepa dar a las palabras que citaba, el imperativo que trasuntan debiera seguir resonando hoy, inexcusablemente. Pero tenemos tendencia casi irreprimible a desoír ese imperativo, porque pesan más los pequeños intereses, los pequeños poderes y prerrogativas, la cortedad de miras y el miedo a los deseos y las ideas audaces, que nutren, todos ellos, lo que a veces parece ser un conservadurismo congénito de la institución.

Vale la pena volver a escuchar las viejas voces de la historia de la Universidad de Chile, vale la pena enterarse de los modos en que la institución asumió (o no), en cada caso, los desafíos de la coyuntura y la perspectiva con que lo hizo. La voluntad de hacerse cargo del imperativo que mencionaba ha acusado su presencia entre nosotros (diré, desde el proceso que se inició con el movimiento estudiantil de 1997), ha alcanzado significativos puntos de inflexión (el nuevo Estatuto, como resultado mayor de ese proceso), y se prolonga en iniciativas recientes de innegable importancia y proyección académica y política. Pero –creo– aún nos falta entender en su total envergadura la vigencia de eso que en las palabras de González se definía, a manera de registro de amplias demandas, como la necesidad de una “radical reforma de la Universidad”: una necesidad que hoy, en un contexto histórico enteramente distinto, me parece que ha adquirido ya un perfil agudo.

VIDA Y PROBLEMAS DE LA UNIVERSIDAD SITUACIÓN Y PERSPECTIVA DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE Por Eugenio González

Los problemas de la enseñanza en general, y los de la enseñanza superior, en particular, están preocupando de una manera muy viva a la opinión pública, por la indudable trascendencia que ellos tienen en el desarrollo nacional y en el destino de las nuevas generaciones. La Universidad de Chile, como Institución del Estado, no puede dejar de exponer su punto de vista sobre tan importante materia.

¿Está la Universidad en crisis? Lo está, por cierto, como el país entero, como el mundo entero. Hay, en todas partes, graves incongruencias entre las instituciones que tienden a permanecer inalterables y las realidades sociales fundamentales dinámicas. Entre nosotros, el ritmo de desarrollo se ha acelerado en los últimos decenios y se acelera cada vez más, exigiendo cambios verdaderamente revolucionarios en las estructuras básicas -materiales y morales- de la sociedad y del Estado.

La agudización de los problemas que tal estado de cosas plantea y la ansiedad por resolverlos sin tardanza suele hacer que se desestime la importancia de los progresos alcanzados, base insustituible de cualquiera construcción del futuro. Esto ocurre, con lamentable frecuencia, en cuanto se refiere a la educación, y la Universidad de Chile, que ha tenido desde hace más de un siglo y sigue teniendo una responsabilidad considerable en su desarrollo, es juzgada a menudo, en términos que están lejos de corresponder a la provechosa tarea que realiza, prescindiendo de todo alarde de publicidad impropia de su naturaleza.

CRECIMIENTO DE NUESTRA EDUCACIÓN. Nuestro país tenía, en 1865, 1.800.000 habitantes y alrededor de 52.000 alumnos en todos sus establecimientos de enseñanza. Cien años más tarde, mientras la población nacional ha aumentado más de 4 veces, la población escolar ha crecido más de 40 veces: de la modesta proporción de 1,8% de la población total matriculada en las escuelas de todo tipo y grado, en 1865, hemos llegado en 1964 a la proporción de 20,5%.

Si se examina el crecimiento de la matrícula de la educación primaria, media y superior en los últimos 25 años, y las proporciones de la matrícula total que corresponden a cada uno de los tres grados, puede comprobarse que la del primero -incluida la educación parvularia- está próxima a igualar a la población en edad de recibirla y que, al mismo tiempo, ha crecido con gran rapidez la de grado medio, y con mayor rapidez aún la de grado superior.

La matrícula total a que se llegó en 1964 -81,3% = 1.399.000 alumnos en educación parvularia y primaria; 16,9% = 291.000 alumnos en educación media, y 1,8% = 32.169 alumnos en educación superior, muestra una distribución todavía insatisfactoria del alumnado, pero cada vez más equilibrada en los distintos grados del sistema educativo, que resulta favorable comparada con la de otros países de características similares al nuestro.

Las cifras mencionadas revelan que se tiene casi resuelto el problema cuantitativo de la educación primaria y que se ha conseguido una expansión importante de la educación media. Destaca, sin embargo, el hecho de que el desarrollo de la educación superior es insuficiente. Estados Unidos y la Unión Soviética, que están en la avanzada del progreso educacional -a lo menos en su aspecto cuantitativo- tenían respectivamente, a fines de la década pasada, 7,6% y 8,3% de su población escolar en la educación superior y 1,85% y 1,13% de su población nacional.

Las proporciones de la educación superior que se alcanzaron en Chile, en 1964 -1,9% de la población escolar y 0,38% de la población nacional- muestran que debemos hacer un esfuerzo ingente y no escatimar recursos para que ella alcance, en los próximos años, el nivel a que han llegado, no,

por cierto, naciones como estados Unidos y la Unión Soviética –de poderosa capacidad económica-, sino otras comparables a la nuestra por el grado de evolución y el índice de su riqueza.

INSUFICIENTE DIVERSIFICACIÓN DE LA EDUCACIÓN MEDIA. Un hecho que conviene destacar: todavía en 1964, el 70% de la matrícula en la enseñanza media correspondía a los liceos, establecimientos que tradicionalmente –a pesar de teóricas declaraciones en contrario- continúan siendo, para la mayoría de sus alumnos, preparatorias del ingreso a la Universidad. Esta insuficiente diversificación de la enseñanza media, reflejo del menor valor que aún se atribuye a la actividad productiva de la industria, la agricultura y el comercio, y deplorable vestigio de una estructura social en vías de superación, explica, en gran parte, la excesiva presión por el ingreso a la enseñanza superior que se observa cada año.

Es preciso reiterar que la educación superior es, por definición, selectiva en cuanto debe reservarse, teniendo en vista el interés social, sólo a los más aptos para aprovecharla. Debemos reconocer, no obstante, que el acceso a los últimos años de la enseñanza media y, por lo tanto, a la Universidad es todavía, en nuestro país, una especie de privilegio. Investigaciones realizadas recientemente, muestran que los padres de nuestros estudiantes tienen un ingreso promedio igual al doble del promedio nacional, y un promedio de escolaridad que es también igual al doble del promedio nacional.

Esta situación pone de relieve las deficiencias de una política asistencial que debería favorecer el ingreso a los grados superiores del sistema educativo a todo joven talentoso, cualesquiera sean las condiciones sociales y económicas de sus familias. Hoy es posible afirmar que estamos dando educación superior sólo a una fracción de los jóvenes realmente capacitados para recibirla. Esperamos que la ley hace poco dictada sobre Auxilio Escolar y Becas funcione expeditamente, facilitando una justa distribución y selección de los alumnos en los distintos grados de la educación nacional.

A la escasez de carreras terminales de grado medio y a la selectividad socioeconómica que aún conserva el segundo ciclo del sistema educacional y, por lo tanto, la universidad se suma el hecho de que ésta, 39 años después de haber entregado al Ministerio de Educación la dirección técnica y administración de los liceos, siga impartiendo la prueba de Bachillerato. Estamos ciertos de que en breve se adoptarán medidas legales para suprimirla y reemplazarla por un proceso moderno de orientación y evaluación de los alumnos y que se intensificará con criterio científico la asistencia social y económica a los jóvenes meritorios de escasos recursos, prevista en la legislación.

EL ACCESO A LA EDUCACIÓN SUPERIOR. Con todo, la gravedad del actual desajuste entre el número de egresados de la enseñanza media y la capacidad de las Universidades para recibirlos en menor de los que generalmente se cree. La matrícula total del primer año de las Universidades entre 1961 y 1965 representa el 80% de la matrícula total del último año de las escuelas de educación media con 6 años de estudio entre 1960 y 1961. Aunque la matrícula del primer año universitario incluye entre un 20% y un 30% de repitentes, no podría pretenderse, tampoco, que todos los egresados de la enseñanza media deben incorporarse de modo automático, a la enseñanza superior.

Ningún Estado, por fuerte que sea su estructura económica y perfecta su organización social, podría sostener una política de “Universidad para todos”, en el sentido de proporcionar a todos los ciudadanos que la deseen preparación universitaria. Otra cosa es que la Universidad esté abierta a todos los que en el curso del proceso educativo, demuestren aptitud y vocación para los estudios superiores, proporcionando el Estado, a aquellos cuya situación económica lo exija, los recursos necesarios. Así podría haber en el ingreso a la Universidad una selección auténtica.

Igualmente falaz es el argumento que se funda en la comparación del número de postulaciones al Bachillerato y el de ingreso a la Universidad, así como el que se funda en la escasa proporción de postulantes admitidos por determinadas escuelas universitarias de tradicional prestigio. Como es sabido, en ambos casos, el número de postulaciones es muy superior al número de personas que postulan porque una misma persona se inscribe simultáneamente en diversas escuelas. Así, el hecho de que un candidato sea rechazado en una escuela no implica necesariamente que se le hayan cerrado las posibilidades de educación superior.

LA UNIVERSIDAD DE CHILE NO PERMANECE ESTAGNADA. La Universidad en Chile y la aseveración se hace con especial referencia a la Universidad de Chile- se encontraría estagnada en estructuras obsoletas, ajena a los imperativos del cambio social, de incapaz de responder a las progresivas demandas de educación superior. De un examen objetivo de los responsables, se desprende lo contrario: la Universidad de Chile está cumpliendo su tarea nacional, mediante esfuerzos excepcionales, a pesar de la ya crónica insuficiencia de sus disponibilidades presupuestarias.

La matrícula de alumnos propiamente universitarios de la Universidad de Chile, por curso, entre 1961 y 1965 aumentó en un 50%, a una tasa acumulativa anual de 10,7% y la del primer año a una tasa realmente excepcional de 14%. Aunque en menos escala, parejo fenómeno se observa en las demás Universidades. Ello permite suponer que nuestra educación superior absorberá rápidamente la demanda potencial de matrícula ya que el número de egresados de la enseñanza media aumenta cada año sólo en un 8%. Téngase presente que la Universidad de Chile atiende, actualmente, alrededor de 54% del alumnado universitario.

Tasas tan altas de incremento de su matrícula, dentro de los limitados recursos que se le asignan, revelan que la Universidad de Chile ha logrado hasta ahora satisfacer una demanda explosiva, procurando no menoscabar la calidad de los estudios. Si, como es verosímil y deseable, el ritmo de expansión de la matrícula comprobada entre 1961 y 1965 se mantiene durante los años venideros -en el actual se ha mantenido-, la Universidad de Chile duplicará su matrícula de estudiantes propiamente universitarios de 20.000 en 1966, a 40.000 en 1972, y la del primer año en 1970, y deberá estar preparada para recibir en 1975, tanto en Santiago como en provincias, por lo menos 52.000 estudiantes.

LAS DEFICIENCIAS DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE. El esfuerzo que esta expansión requiere se magnifica teniendo en cuenta las deficiencias de la actual situación de nuestra Universidad. Esta se debe, por una parte, a la rapidez de su propio crecimiento, que no fue acompañado de una periódica revisión de sus estructuras -lo que ahora se está haciendo- y por otra, a la parsimonia con que el Estado le proporciona los recursos indispensables para financiar en debida forma, tanto la calidad de la educación que ofrece como la acelerada expansión de sus servicios.

El reducido Presupuesto de Inversiones de la Universidad ha impedido mejorar las condiciones de su planta física y disponer de la dotación que exige una Universidad moderna. No más de un 20% del equipo actual ha sido adquirido en los últimos 10 años y el resto debería ser renovado. La mayor parte de sus escuelas y servicios -incluyendo los de su Administración Central- funcionan en locales dispersos, insuficientes para el número de alumnos que deben atender y notoriamente inadecuado para la función universitaria.

La Universidad posee sólo el 64,3% de las superficies construidas en que funciona. De los locales restantes, 10,3% son arrendados y 24,4% cedidos. Únicamente el 19% de sus edificios, pueden considerarse buenos; 31% son deficientes y 50% en mal estado de conservación, impropios para las labores de la Universidad. Agréguese que sólo se puede destinar al mantenimiento de los locales que ocupa, una porción muy pequeña del presupuesto. Además de crearse así un déficit de arrastre que repercute cada día más sobre la calidad de la enseñanza y sobre las condiciones de trabajo de los profesores y alumnos, esta situación dificulta y hace a veces imposible la tarea de aprovechar al máximo las superficies disponibles y los elementos docentes, técnicos y administrativos que podrían utilizarse en común.

Inversiones en edificios -reparación de los actuales y construcción de los que requieren el aumento de matrícula-, en la dotación de los mismos y en gastos de operación -de los cuales la mayor cantidad se destina al pago del personal- son los grandes rubros de cuyo incremento depende la posibilidad de ampliar aún más los servicios de la Universidad de Chile, aumentando en forma apreciable la matrícula de algunas Escuelas, estableciendo en las distintas Facultades cursos vespertinos y nocturnos para carreras cortas y creando con este mismo fin Centros Universitarios en ciudades como Santiago y Valparaíso.

ESTIMACIÓN DE LOS RECURSOS NECESARIOS. La inversión muy módicamente estimada que requiere un alumno universitario es de E° 3.500,00 de 1965 para local (7 m. cuadrados a E°

500,00 m. cuadrado) más E° 2.000,00 para dotación de equipo. Sobre esta base, a fin de atender la mayor matrícula de, por lo menos, 32.000 alumnos que cabe esperar en 1974, se requiere E° 176 millones, o sea, un promedio de inversión anual en edificios y dotación de los mismos de E° 176 millones. Por otra parte, la reposición de no menos del 70% de los 200.000 metros cuadrados netos de edificios que actualmente ocupa la Universidad y del 90% de su dotación y equipo, exigiría hasta la misma fecha una inversión total de E° 115 millones (E° 70 millones para construcciones y E° 45 millones para dotación), a un promedio anual e E° 11,5 millones.

Para atender la expansión previsible de su matrícula y renovar su planta física y su dotación, el presupuesto de capital de la Universidad debería aumentar anualmente en E° 29,1 millones de 1965, y para atender los gastos de operación de sus servicios, que están creciendo, como hemos visto, a una tasa de 10,7%, su presupuesto corriente debería aumentar cada año por o menos en esta misma proporción. Todo ello a precios constantes de 1965, y sin considerar los gastos adicionales indispensables para mejorar la calidad de la enseñanza ni, por cierto, los reajustes de remuneraciones y otros derivados de los cambios en el poder adquisitivo de las monedas que pudieran intervenir en el futuro.

ESFUERZOS PARA MEJORAR LA CALIDAD DE LA ACCIÓN UNIVERSITARIA. Las consideraciones anteriores destacan principalmente la expansión cuantitativa de la Universidad de Chile, que ha sido importante y rápida como lo muestran las cifras estadísticas. Ella se ha producido, sin embargo, con aceleraciones diferentes en los múltiples aspectos de su actividad corporativa. El país necesita, por ejemplo, profesores, ingenieros, médicos veterinarios, agrónomos, asistentes sociales, y otros especialistas, en número creciente y las Escuelas que los forman no están en condiciones de satisfacer la demanda nacional. El gran aumento de la matrícula se ha producido principalmente en los Centros Universitarios Regionales, con lo cual se comprueba la oportunidad de su creación y la importancia de su labor.

Por lo que concierne al mejoramiento cuantitativo de la preparación profesional que imparte la Universidad de Chile, puede asegurarse que todas las Facultades procuran actualizar sus planes y programas de estudio y poner en práctica los métodos de trabajo que aconseja la experiencia recogida en los centros universitarios más acreditados del mundo. Para lograrlo, es indispensable disponer de completos equipos de laboratorio, de bibliotecas bien provisionadas y, sobre todo, de un numeroso personal docente y agregados a la docencia (Jefes de trabajo, ayudantes), que se consagre enteramente a la faena universitaria.

Cada año se están incorporando más profesores al régimen de jornada completa -que es el régimen óptimo dentro de una Universidad moderna-. A pesar de que la Universidad de Chile no está en condiciones de ofrecerles, en general, remuneraciones equivalentes a las que les proponen otros servicios públicos, empresas privadas, organismos internacionales y Universidades extranjeras. La Universidad debe estar en condiciones de retener en su seno a los jóvenes investigadores y docentes que podrían alejarse de ella en busca, no sólo de mejores expectativas económicas, sino también -y acaso principalmente- en busca de mejores ámbitos donde desplegar su vocación científica.

Pero la Universidad de Chile no es un mero conjunto de Escuelas Profesionales. Es un centro de alta investigación científica y tecnológica y tiene a su cargo además parte significativa de las tareas que, en otros países, realizan entidades privadas, organismos estatales y municipales y Ministerios de Cultura. Innecesario parece reiterar que la investigación científica y tecnológica está unida estrechamente al desarrollo nacional en todos sus órdenes; que la creación artística revela la fuerza espiritual de un pueblo y que la difusión de los valores culturales ennoblece la vida social. Fomentarlas es obligación de la Universidad de Chile. Mucho se hace en este sentido, pero mucho queda por hacer.

Aparte las mencionadas, otras funciones de similar importancia realiza la Universidad de Chile: las encargadas de los Departamentos de Extensión Cultural y de Acción Social que la vinculan a las comunidades urbanas y rurales y a los trabajadores organizados en sindicatos y cooperativas, los Convenios de Intercambio con Instituciones extranjeras, los Servicios de Bienestar Estudiantil, las publicaciones artísticas y científicas, etc. La realidad universitaria de nuestra épo-

ca desborda la imaginación tradicional de la antigua Corporación puramente académica, desvinculada de los problemas sociales y nacionales, en una especie de solemne hermetismo.

EL PROBLEMA DE LA UNIVERSIDAD ES UN PROBLEMA DE LA NACIÓN. De lo expuesto anteriormente se desprende que la Universidad de Chile ha cumplido en el pasado su deber institucional, extrema sus esfuerzos para atender las urgencias del presente, y está planificado las tareas que le aguardan en el inmediato porvenir. Pero es necesario que se forme conciencia pública en el sentido de que el problema fundamental de la Universidad de Chile –el problema de su adecuado financiamiento– es un problema del Estado. La Universidad de Chile sólo podrá responder, con plena eficiencia, a los requerimientos de nuestra sociedad –en trance de transformaciones profundas– si el Estado le proporciona, los medios que reclama. La Universidad, consciente de la situación fiscal, colaborará en la búsqueda de este financiamiento por los medios a su alcance.

El ritmo de crecimiento de nuestros servicios educativos en las últimas décadas es un evidente reflejo de la elevación del nivel económico-social de importantes sectores de la población. Este rápido desarrollo es la mejor garantía de que las metas esbozadas para 1975 han de ser alcanzadas, a menos que se frene deliberadamente la tendencia a la cual corresponden. De lograr tal resultado, y dando por supuesto que la Universidad de Chile mantendrá en sus aulas, en los próximos años, alrededor de 55% del total de los estudiantes del país, habremos llegado en 1975 a una proporción de 80 universidades por cada 10.000 habitantes, y una matrícula de la enseñanza superior equivalente al 3,5% de la matrícula total del sistema escolar, objetivo no extraordinario, pero sí realista.

Es preciso señalar, por último, que el notable incremento cuantitativo de nuestra educación superior sería un beneficio ilusorio y podría crear nuevos y mayores problemas, si no fuera acompañado de una radical reforma Universitaria y de la organización de los estudios, en orgánica correlación con una reforma completa de todo nuestro sistema educacional y con un efectivo cambio en la situación económica y social de Chile. Porque, como decía don Andrés Bello en su recordado discurso de 1843, “Los adelantamientos en todas la líneas se llaman unos a otros, se elaboran y se empujan”.